

BIENVENIDO, ONETTI (1909-2009)

VICENTE CERVERA SALINAS
Universidad de Murcia

Nos acostumbró Juan Carlos Onetti a observar la realidad desde su vertiente descorazonada y desabrida. Su literatura sanciona el desengaño y secciona las edades del espíritu en dos ámbitos divididos por un hilo tan invisible como fatal. Desde el país de la juventud peregrinamos hacia la edad ingrata, donde el tiempo se aquieta y se detiene para mostrarse disecado, en permanente parálisis, como un barco ebrio que se hubiese varado en el astillero perpetuo de la desolación. Allí florecen los aromas de la apatía y el desengaño, la desilusión y la pasiva decadencia. Las muchachas no volverán allí a visitar al que traspasó sus umbrales, y la impureza presidirá sus rincones, exhalando el hastío de lo irrecuperable, mientras se marchitan los últimos pétalos del pasado esplendor, que ahora decae y desfallece preso de una humillación que exhibe como un último atributo. Las caras labran la desgracia que tejieron otrora sin saberlo, y que ahora manifiesta su aridez sin impudicia. Los ideales degradaron su valor sin concesiones y la costumbre ejerció su fuerza con tal vigor que no dejó resquicios para que el escarnio languidciera. Exiliados de nosotros mismos, atisbamos el país que un día abandonamos y al que habremos de resignarnos a nunca regresar. Es el país que nos condena a decir ya siempre “Cuando entonces”. Despojados del velo azul de los deseos, dejan allí de tentarnos demonio, mundo y carne, conscientes de que el pecado sólo cuenta para aquellos donde aún late presurosa la sangre y golpea con celeridad las válvulas de su pasión. Una ley implacable se cierne sobre todos y a cualquiera alcanza su poder, más allá de sobornos o coacciones. Nadie está a salvo del dictamen y la excepción brilla por su ausencia de nombres. Como en las antiguas danzas de la muerte, el veredicto se consume en registro universal, con la sutil diferencia de que en Santa María los vivos mueren de su propia inapetencia. La voluntad deja de operar como una fuerza ciega, pero no para liberarnos de su vasallaje, sino para traspasar su invidencia en el melancólico vacío que desampara la belleza carnal y deshabita el entusiasmo en la mirada. Sólo resta vegetar encarnados en la decrepitud que seremos.

Empero, la singularidad es una isla en el continente desertizado del tiempo. Aún es posible alentar en el país del alma congelada. Aquellos que cultivaron con ahínco la imaginación persisten con síntomas preclaros de una respiración despierta y viva, todavía no artificial. Sobreviven los silentes creadores que consagran las horas de sus noches y días a consumir la vida de otros seres, otros lugares y otras fábulas que las páginas amparan. Emulan la función del Hacedor y, por ello, sus reinos no son de este mundo, al que descendemos sin remedio, sin pena y sin gloria. Juan Carlos Onetti supo adentrarse por este vericuetto que sorteas las aduanas del tiempo muerto para instalarse en el limbo del atento observador que ejerce con paciencia el arte de otorgar la vida. Un estado de gracia lo torna invulnerable desde la atalaya de su escritura. No obstante, fue consciente de que en cualquier momento puede deslizarse el error, y descubrir al soñador infausto, en la imagen grotesca del que no quiere reconocerse en la degeneración. En todo caso, la amenaza permanece, y cuanto más próximo parece el sueño a realizarse, más próxima acecha su disolución.

Gracias, Juan Carlos Onetti, por no haber rebajado tu intuición a estériles concesiones. Así lo reconocemos cuando ha transcurrido un siglo desde tu lejano despertar. Gracias a ti recordamos que el cuerpo desnudo no se vela en la obscena instantánea del temido infierno, por más que sea punzante su memoria, y que el rosado destello de la carne amarillea en la piel de la novia robada. Dejemos que hable el viento de tu prosa desgranada y volvamos a recibirte en el humo impenitente con las almas en pena que vagan por tu ciudad. Un tranvía sin deseos se detiene y descien- de de él un individuo en grises destellos de sombras. Lo vemos vagar, como un hombre más de la multitud, “entre los cadáveres pavorosos de las antiguas ambiciones”, hollando “los sueños que se fueron gastando bajo la presión distraída y constante” de la rutina. Tú lo creaste, y supiste que anidaba, en potencia, bajo nuestras almas. Tu relato nos advierte y nos resguarda, al tiempo que te aloja en el anaquel de los que el tiempo salva.

Bienvenido a nuestro reino de breves vidas que aún florecen.

Bienvenido a nuestra caverna, Juan Carlos Onetti, donde aún prende tu llama.